

precioso cántico! Aquella Virgen, que tan pocas veces hablaba, siéntese como compeliada á cantar en fuerza de la magnanimidad de su espíritu.»

Y que el cantar no desdecía de la grandeza altísima de María, lo prueba el haber cantado también alguna vez el mismo ' Dios hecho hombre; pues de El dice el Evangelista que la víspera de su Pasión, «*dicho el HIMNO en acción de gracias, salieron hacia el Monte de los olivos*» San Agustín afirma que este himno fué cantado: «No es himno, observa él, aunque sea alabanza, ni alabanza de Dios, si no se canta.» Opinión, que con estas palabras corrobora San Jerónimo: «Himno es un cántico en honor de Dios.»—Y no menos expresivo se muestra San Juan Crisóstomo, al decir<sup>5</sup> del divino Jesús: «Dió gracias y cantó el himno, para que en esto le imitemos nosotros.»

1 Drexelio, p. 2. «De Christo Moriente», c. 1, § 4.

2 Matth. XXVI—30.

3 In Ps. XXXIX.

4 In cap. V. Amos et in cap. V. Epist. ad Ephesios.

5 Homil. LXXXVI in cap. 6. Matth.

## VI

Nada acerca de los divinos misterios le enseñaron los hombres, ni aun los ángeles. Los discípulos de María adelantaron en sabiduría en breve tiempo.

La admirable sabiduría de la Inmaculada Madre de Dios nada debió jamás á la ciencia de los hombres acerca de los divinos misterios; y así lo confiesa el Doctor Eximio<sup>1</sup> respecto á la sustancia y al perfecto conocimiento de los misterios de la fe. En cuanto á otras circunstancias y á la inteligencia de algunos pasajes de las sagradas Escrituras, cierto que la celestial Señora nada ha aprendido de los hombres, ni convenia que éstos en manera alguna enseñasen á la que de un modo tan singular habia sido discípula del Espíritu Santo, y habia de ser después maestra de los Apóstoles y luz de toda la Iglesia, y, lo que es infinitamente más honroso, Madre de la increada Sabiduría. Que Dios nuestro Señor se ha dignado ser su Maestro, inmediatamente en unas cosas, y mediante los ángeles en otras, dícelo San Bernardo<sup>2</sup> al hablar del inefable misterio de la Encarnación, con estas palabras: «Convino que de este misterio tuviese noticia por ministerio de un ángel, más bien que por medio del hombre, para que no apareciese la Madre

1 Suárez, t. II, in 3. p. disp. 19, sect. 2.

2 Homil. IV super Missus est.

purísima ajena á los consejos del Hijo, y para que, conociendo Ella mejor el tiempo y el orden de las cosas, enseñase la verdad á los escritores y predicadores del Evangelio, puesto que desde un principio había sido plenamente instruida de todos los misterios de una manera celestial.»

De San Juan Bautista fundadamente creemos que en la lectura, escritura, en las verdades de la Ley Mosáica y en la manera de predicar fué instruido por el Espíritu Santo. De él dice San Juan Crisóstomo: «Así, pues, habiendo renunciado Juan á todo lo de este mundo, no necesitó de maestros, pues fué enseñado de un modo celestial.» Por eso eran tan bien recibidas las enseñanzas del Bautista, pues todos sabían que su ciencia no había sido adquirida por medios humanos. «Juan, dice San Bernardo,<sup>1</sup> es enseñado como ángel por el Espíritu de Dios. Porque tanto más se acercaba á Dios, cuanto que era Voz próxima al Verbo, y no convenía que entre éste y Juan mediase otra voz que de algún modo fuese oída. No enseñó á Juan la predicación, sino la inspiración, de la cual le llenó el Espíritu Santo en el seno materno.» De algunos otros nos dicen las historias que han recibido en igual ó menor escala este beneficio; y lo mismo refieren de Alfonso de Madrigal, Obispo de Avila, comunmente llamado «el Tostado,» á quien

1 Homil. 12 in Ioann. t. 3.

2 Serm in Nativit. S. Juan. Bapt.

el Señor infundió el conocimiento de las artes liberales, y tantos otros que campean en los muchos libros que escribió con ciencia tan profunda, tan vasta extensión y forma tan oportuna y tan propia; lo cual se hace tanto más creíble, cuanto que sólo vivió cuarenta años, y en muchos de ellos desempeñó los cargos de consejero del Rey de España y profesor de filosofía, teología y Derecho canónico y civil en la universidad de Salamanca. Si, pues, tan grande privilegio ha sido concedido por Dios á algunos hombres extraordinarios y santos de singulares méritos, ¿qué mucho que haya sido otorgado sin medida ni género alguno de limitación á la Reina Purísima de todos los santos?

No es de extrañar que de Ella diga San Antonino<sup>2</sup> que ha enseñado más á los hombres, que las mismas sagradas Escrituras. «Por gracia de Dios nuestro Señor, mayores verdades se nos han mostrado en María, que en la Escritura; porque á ésta ennobleció para que hablase de El; pero á María la elevó para que en Ella se nos muestre Cristo nuestro Señor; en la Escritura son muchas las figuras que nos representan á Cristo; pero es María la que le viste de carne purísima; en aquella Cristo se nos anuncia, en María se nos muestra; en la Escritura ocúltase Cristo como en página muerta, en María aparece revestido con su Humanidad sacratísima.» Y la ciencia de esta celestial

1 4, p. tit. 15, c. 22.

Señora abarcaba sin ninguna limitación toda la sagrada Escritura, como observa San Agustín: «Considera, María, las lecciones de los profetas: porque nada te se puede ocultar de la ciencia de los divinos libros.» Y si tal es, como no pudiera menos de ser, el sentir de San Agustín respecto á la vasta extensión de la ciencia de María, bien podemos decir de esta Señora amabilísima con mayor razón que del eminente Doctor de la Gracia decían sus discípulos, que llegó á saber<sup>1</sup>, sin que ningún mortal se lo enseñase, todo cuanto se contiene en las sagradas Escrituras y en todo linaje de libros, de artes y de ciencias.

Pero no sólo de los hombres, pero ni aun de los ángeles<sup>2</sup> aprendió cosa alguna la Santísima Virgen; lo cual nos enseña San Bernardo<sup>3</sup>, refiriéndose al consolador misterio de la Encarnación; porque preguntado por María el arcángel San Gabriel cómo había de verificarse el misterio altísimo que la anunciaba, contesta respetuoso<sup>4</sup> el celestial parainfo: «*El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.*» Como si

1 Serm. 9, de Tempore.

2 ..... *Hic omne quod in litteris,  
Quod artibus, in liberis,  
El quidquid in scientiis,  
Nullo tradente, concipit.*

3 Teolog. Mar. Palaestr. XV. Cert. IV.

4 Homil. 4, *super Missus est.*

5 Luc. 1-35.

dijese, observa San Bernardo: ¿Qué me preguntas á mí lo que muy pronto sabrás por ti misma? De ciencia cierta lo sabrás, y lo sabrás felicisimamente, enseñándote tu mismo Creador; porque yo sólo he sido enviado para anunciarte tu virginal concepción; otro es el que de un modo infalible obrará en ti esta maravilla.» La misma preciosísima lección nos da el doctor Melifluo, cuando dice: «¿De qué manera podré yo indicar que ha sido conocido antes por los ángeles aquel misterio tan incomprendible, sobre el cual preguntaba solícita la Purísima Virgen? Pero pareceme que, dicho sea sin ofensa suya, ni le conocía el mismo que le anunciaba; lo cual reconoce él mismo, y lo advertiremos si nos fijamos en sus palabras. Porque, respondiendo á María le dice: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti.» ¿Por ventura no se refiere con esto al magisterio del divino Espíritu, con cuya unción debería ser enseñada en cosas de que el arcángel no presumía tener ninguna ciencia?»

Ved, pues, con cuánta razón podemos asegurar que María, la Madre Santísima de la Luz, es la más sabia de todas las creaturas. Ella es la dispensadora de todas las ciencias<sup>5</sup>, y el acueducto de toda inteligencia, para que, como dice San Bernardo<sup>3</sup>, á todos pueda comunicar algo de la plenitud

1 Epist. 77.

2 Theol. Mar. Palaestr. XV. Cert. VI.

3 Serm. 11 de *Nativit. Mariae.*

de su sabiduría. No bastaba á la amabilísima María que Ella sola gozase de esta admirable plenitud; era preciso, como Maestra universal del humano linaje, que su ciencia se derramase por todas las inteligencias para la salvación de todos los hombres, y se difundiese de una manera especial, como distribuida en purísimos riachuelos de todos los ramos del saber, sobre los Doctores católicos. Así lo ha querido Su divina Majestad para mayor honra de su Madre purísima; y bien podemos decir que, por adorables designios del Altísimo, en más breve tiempo ha enseñado Ella á algunos de los más celebrados Doctores, que el que en ocasiones ha invertido para el mismo fin el mismo divino Verbo. Símbolos fueron de este fenómeno interesantísimo, en que tan claro aparece el amor de Dios nuestro Señor hacia su purísima Madre, la columna que guiaba á los hebreos por el desierto camino de la Tierra de promisión, y la milagrosa estrella que desde Arabia dirigía á los Magos á la venturosa cueva de Belén. De la columna dice el Espíritu Santo<sup>1</sup>: *«Condijole por diferentes raudos durante cuarenta años, y le adocrinó, y guardóle como la niña de sus ojos... El Señor fue su único cau-dillo»*. Cuarenta años empleó el Señor en preparar á los hebreos, durante aquella penosa peregrinación por el desierto, para que llegasen á tener alguna idea de que es justo y remunerador. De la

1 Deuter, XXXII—10 y 12.

estrella decían los mismos Magos<sup>2</sup>: *«¿Dónde está el nacido Rey de los judíos? porque nosotros VIMOS en oriente su estrella, y HEMOS VENIDO con el fin de adorarle.»* Apenas ven la estrella, conocen que ha nacido el gran Rey, y vienen á adorarle. No tardan cuarenta años, como los hebreos en el desierto, ni siquiera cuarenta días, en conocer las verdades que quiere enseñarles el Señor; *ven la estrella y vienen; y saben á qué vienen, pues vienen sólo con el objeto de adorarle.* Y es que allá en la cueva felicísima de Belén, donde pugnaba por ocultar sus rayos el eterno Sol de Justicia, brillaba con disimulado fulgor una estrella. ¿Cuál? «Lucía una estrella en el aire, dice San Pedro Damiano<sup>3</sup>, brillaba una estrella en la tierra, resplandecía el Sol en el pesebre. La estrella en el aire era cuerpo lúcido; la estrella en la tierra, la Virgen María; el Sol en el pesebre, Cristo.» Esta notable diferencia en el método de enseñanza entre la columna y la estrella notaba admirado San Máximo, cuando decía<sup>3</sup>: «Observad, hermanos, cómo una sola estrella bastó para que los caldeos buscasen animosos al Rey de reyes; y al pueblo judaico una columna de fuego bastó para convertirle.»

Contemplaba en sueños Jacob, caminando hacia Mesopotamia, *una escala fija en la tierra<sup>4</sup>, cuyo re-*

1 Matth. II-2.

2 Serm. de Epiph.

3 Homil. 1 de Epiph.

4 Gen. XXVIII—12 y 13.

mate tocaba en el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella, y el Señor apoyado sobre la escala.» Y al despertar, «dijo»: *Verdaderamente que el Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía.*». Notable suceso, que, durante el sueño, conozca Jacob al Señor apoyado sobre la escala; pero todavía es más notable el que, al volver de Mesopotamia veinte años después, Jacob, después de haber luchado con Su divina Majestad abrazado á El toda una noche, no le conociere, y se viese precisado á preguntarle<sup>1</sup> quién era, aun después de haberle dicho el Señor<sup>2</sup>: «*Si con el mismo Dios te has mostrado fuerte ¿cuánto más prevalecerás contra todos los hombres?*» ¿Cómo se explica esto que parece misterio? No conoce Jacob al Señor, aunque estuviese luchando con Él, porque no es María la que entonces le habla; y, sin embargo, habíale conocido veinte años antes en sueños, porque la escala en que le contemplaba era figura de María, estrella brillantísima, á cuyo admirable fulgor desaparece la obscuridad de la ignorancia y disípanse las tinieblas de los más crasos errores. Con razón exclamaba Metodios<sup>3</sup>: «Por ti, oh Santísima Virgen, que como día clarísimo que ilumina á todo el mundo, has producido el divino Sol de Justicia, disipóse el pavoroso horror de las tinieblas, y toda la tierra resplan-

1 Gen. XXVIII—16.

2 Gen. XXXII—29.

3 Gen. XXXII—28

4 Homil de Purific.

deció con la luz purísima de la verdad.» A la escala de Jacob se refería San Bernardo, al hablar de María, cuando exclamaba<sup>4</sup>: «Esta es la escala de los pecadores; ésta todo el motivo de mi esperanza.» Así la llamaba también, entre tantos otros Doctores y Padres de la Iglesia, San Pedro Damiano<sup>5</sup>: «Tabernáculo de Dios, Estrella del mar, Escala del cielo, por la cual, humillándose, descendiende á la tierra el Rey supremo, y exaltado sube á los cielos el hombre, que antes yacía prostrado.» Bien hubiera podido Cristo nuestro Señor dar inmediatamente la vista al ciego de nacimiento; pero quiso que al milagro precediesen aquellos actos misteriosos de escupir en la tierra<sup>6</sup>, formar lodo con la saliva y aplicarle sobre los ojos del ciego, enviándole después á que se lavase en la piscina de Siloé, y de ella volviese con vista; para hacernos comprender que su Madre Purísima, simbolizada en aquella fuente, es verdadera *Fuente de luz* que hace desaparecer las nubes de los ojos, disipa las tinieblas del alma y nos recrea con la luz de la gracia, que nos concilia la posesión de aquella indeficiente é infinita Luz, Cristo nuestro Bien.

1 Serm. de Aqueeducto.

2 Homil. in Nativit. B. Virg.

3 Ionn. IX—6 y 7.

## VII

MARIA supera en sabiduría á los ángeles.—Es Doctora de los doctores más excelentes.—Con la luz vivísima de su sabiduría extirpó todas las herejías.

Nueva y provechosisima lección se nos ofrece de esto en el Tabor<sup>1</sup>. A la cima de este monte singularísimo y frondoso subió un día el divino Salvador, acompañado de sus tres Apóstoles predilectos, Pedro, Santiago y Juan. «Y se transfiguró<sup>2</sup> en presencia de ellos, de forma que sus vestidos aparecieron resplandecientes, y de un candor extremado como la nieve, tan blancos que no hay lavadero en el mundo que así pudiese blanquearlos. Al mismo tiempo se les aparecieron Elias y Moisés, que estaban conversando con Jesús. Y Pedro, absorto con lo que veía, tomando la palabra, dijo á Jesús: ¡oh Maestro! bueno será quedarnos aquí; hagamos tres pabellones, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elias. PORQUE ÉL NO SABÍA LO QUE SE DECÍA, por estar todos sobrecogidos del pánico...» Pero ¿cómo es que Pedro no sabía lo que decía? —Porque trataba de construir pabellones en la cima del Tabor, para perpetuar allí de esta manera aquella visión embelesadora de la Transfiguración, á pesar de que oía que Moisés y Elias<sup>3</sup> hablaban con el divino Jesús del exceso de amor que había

1 Theol. Mar. Palaestr. XV, Cert. VI.

2 Marc. IX—1 á 5.

3 Luc. IX—31.

de hacer muy pronto en Jerusalén, muriendo por el hombre. Ya en otra ocasión<sup>1</sup>, cuando el amabilísimo Salvador manifestaba á sus discípulos que convenia que fuese él á Jerusalén, y que allí padeciese mucho de parte de los ancianos y de los Escribas y de los principes de los sacerdotes, y que fuese muerto, y que resucitase al tercer día; San Pedro, que amaba con ternura á su divino Maestro, *trataba de disuadirsele, diciendo: ¡Ah Señor! de ningún modo; no, no ha de verificarse eso en Ti. Pero Jesús, vuelto á él, le dijo: Quitame de delante, sataná, que me escandalizas; porque no tienes conocimiento ni gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres.*—Y esta falta de conocimiento en San Pedro es tanto más de extrañar, cuanto que tres años había que estaba oyendo de los labios dulcísimos de Jesús aquellas palabras «de vida eterna», que tanto le instruían y embelesaban. ¿Cómo se explica, pues, que sin haber frecuentado la escuela venturosa del divino Jesús, sepan más que Pedro aquellos personajes del antiguo Testamento, Moisés y Elias? ¿Se dirá que las lecciones de la otra vida los habían transformado en sabios de primer orden? Eranlo, sin duda; pero bien pudiéramos decir de ellos que habían aprendido mucho de la immaculada Virgen Maria, Madre Santísima

1 Matth.—XVI—21.

2 Matth.—XVI—22.

3 Ioan. VI—69.

de la Luz, aunque de una manera más ó menos misteriosa. A Ella honraban Elias y sus fervorosos discípulos los solitarios del Carmelo, desde que siglos antes de nacer la contemplara tras el sangriento sacrificio de los falsos profetas de Baal, bajo la forma<sup>1</sup> de suspirada nubecilla, «como la huella de un hombre,» que parecía subir creciendo majestuosa y con presagios felicísimos, de las aguas del Mediterráneo.—Moisés, al observar en el monte Oreb<sup>2</sup> que una zarza estaba ardiendo y no se consumía, resolvió acercarse para contemplar más de cerca aquel fenómeno tan maravilloso; y entonces fué cuando desde la zarza oyó la voz del Señor, que le decía: «Quitate el calzado de los pies; porque la tierra que pisas es santa.»—Pero ¿santat ¿por qué?—Porque aquella zarza representaba á la Santísima Virgen, é hizo entonces con él oficios de celestial Maestra y Fuente de vivísima luz. «Cuando brillaba para Moisés, dice San Gregorio Niseno<sup>3</sup>, una estrella más luminosa que el Sol, vió que ardía una zarza, y sin embargo, sus ramas lejos de quemarse, parecían reverdecer de nuevo, merced á una continua irrigación; pero la naturaleza de aquella luz dividíase en dos objetos, pues al mismo tiempo que á los ojos ofuscaba con el esplendor de sus rayos, *iluminaba el espíritu con*

1 III. Reg. XVIII—44.

2 Exod. III—2.

3 Exod. III—5.

4 Commentar in S. Script.

*el conocimiento de dogmas inauditos é inmortales.* Este amoroso magisterio de Maria en favor de Moisés reconoce San Juan Damasceno, cuando dice<sup>1</sup>: «*Fuó creado Moisés tan notable Legislador y Príncipe, gracias á una figura y sombra de Maria,*» como era la misteriosa zarza.

La inmaculada Madre de Dios, Fuente admirable de vivísima luz, supera en sabiduría á todos los ángeles, como incomparablemente los aventaja en gracia y en todo género de dones y de virtudes. Tuvo la dicha de contemplarla el evangelista San Juan<sup>2</sup> *vestida del Sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas;* de manera, que no sólo podía observar Maria de hito en hito los rayos del eterno Sol, sino que del mismo Sol estaba vestida; de aquel divino Sol al cual no se atreven á mirar los mismos ángeles; pues, como notó en regaladísima visión el profeta<sup>3</sup> Isaías, *al rededor del sôlito estaban los serafines; cada uno de ellos tenía seis alas; con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían los pies, y con dos volaban. Y con voz esforzada cantaban á coros, diciendo: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria.* Y los excede á todos en gracia y en sabiduría, como á todas las estrellas excedía en luz la maravillosa estrella que guiaba á los

1 Orat II, de Assumpt.

2 Apoc. XII—1.

3 Isaías, VI—2.

Magos á Belén, la cual, como observa San Juan Crisóstomo<sup>1</sup>, no sólo 'lucía de noche, sino que brillaba también de día, sólo inferior en resplandores al Sol, como únicamente al divino Sol de Justicia se reconoce inferior la Reina purísima de los ángeles. «Con razón se nos muestra María vestida del Sol, dice San Bernardo<sup>2</sup>, porque penetró el profundo abismo de la divina sabiduría mucho más de lo que podemos imaginarnos. . . . De manera que, cuanto es posible á una creatura, aparece como sumergida en aquella luz inaccesible. Con aquel fuego purificanse los labios del Profeta, en aquel fuego enciéndense los serafines; pero mucho más que ellos mereció María; y no sólo ser tocada de él muy por encima, sino cubierta por completo, y del todo vestida de aquel fuego purísimo é increado.»

Ni es de admirar que superase en ciencia y sabiduría á los ángeles la Madre Santísima de la Luz, cuando aun del mismo San Juan Bautista dicen algunos Santos Padres que llegó á conocer misterios ocultos á todos los cortesanos del cielo. Sumamente deseosos se muestran éstos, según el real Profeta<sup>3</sup>, de conocer el misterio inefable de la Encarnación, pues preguntan con ansia: «¿Quién es ese Rey de la gloria?» Y con no menor ansiedad nos

1 Homil. in Matth.  
2 Serm. I de Nativit.  
3 Pa. XXIII—8.

los representa Isaías<sup>4</sup>, cuando pareciendo ignorar todavía el futuro misterio de la Redención, dicen: «¿Quién es ese que viene de Edom ó Idumea y de Bosra con las vestiduras teñidas de sangre?» En este sentido interpreta esas preguntas el Doctor Angélico<sup>5</sup>; y tal es también el parecer de San Juan Crisóstomo, cuando dice: «Oh suceso verdaderamente admirable! Lo que en el cielo ignoraron los ángeles, lo conoció Juan aun en el seno materno. Ocultóse á los Tronos, y súpulo el que todavía no había nacido; no fué revelado á las Dominaciones el misterio de la Encarnación, y sí á Juan antes de nacer.» De igual modo se expresa Antipatro<sup>6</sup>, y análogos son los conocimientos revelados que en el evangelista San Juan supone<sup>7</sup> San Pedro Damiano. Muy puesta en razón encuentra esta sabiduría altísima de María el Beato Alberto Magno, cuando dice: «La potestad imperial está incomparablemente sobre toda potestad ministerial; y como la potestad de la Virgen es imperial, y la potestad de todos los ángeles es ministerial, síguese que su potestad está sobre la potestad de todos los ángeles. Ahora bien, en los seres perfectamente ordenados, al mayor poder síguese mayor ciencia, y á mayor ciencia

1 Isaías, LXIII—1.  
2 Part. I, q. 57, art. 5.  
3 Apud. Metaphr. Homil. II de Nativit. Baptiste.  
4 Apud. Metaphr. *Ibid.*  
5 Serm. II.  
6 Salazar, *De Concept.*, c. 32, núm. 41.

mayor operación; por eso, aun ésta llegó á lo sumo en la Bienaventurada Virgen. Y no menos profundo y expresivo es sobre este punto el argumento de San Antonino: «El conocimiento de la Bienaventurada Virgen María excedió todo conocimiento y todos los modos de conocer que pudo haber en cualquiera otra creatura, en estos tres grados. Por su elevada pureza, en la cual excedió á todo hombre mortal: por la improporcionable cantidad del medio que la elevaba, ó sea la plenitud de la gracia, en la cual no pudo igualarla ninguna otra pura creatura; y en el amor de Dios que la elevaba, el cual la amó más que á toda otra creatura, y á Ella se unió con más amor que á todas las demás creaturas juntas.»

Con razón la llaman *Doctora* los Santos Padres y los más eminentes Teólogos; porque para merecer esta laureola, como dicen el Doctor Angélico<sup>1</sup> y el Doctor Eximio,<sup>2</sup> basta comunicar á otros, aunque no sea predicando, la doctrina de la fe y de las buenas costumbres; y bien sabido es que esto hizo en gran manera la Santísima Virgen, enseñando á los Doctores y difundiendo en los pueblos las enseñanzas de la fe inmediatamente por sí misma, y mediante los Apóstoles y otros Doctores de la primitiva Iglesia. Dignos son, dice San-

1 Part. 4, tit. 15, c. 17, § 1.

2 In 4, dist. 49, q. 5, art. 5.

3 T. II, in. 3. p., disp. 21, sect. 4.

to Tomás<sup>1</sup>, de la láurea de Doctor los escritores de la doctrina sagrada, los predicadores y los intérpretes de la sagrada Escritura; y como escritor sagrado fué enseñada por el Espíritu Santo la Santísima Virgen<sup>2</sup> para conocer y enseñar á otros el verdadero sentido de las divinas Letras.

Y no sólo era verdadera Doctora; sino que merecía ser coronada con láurea más excelente de la que merecieron jamás todos los Doctores<sup>3</sup>; y de esta fundada aseveración da la razón el Eximio Doctor Suárez<sup>4</sup>, diciendo que sólo la Santísima Virgen superó en el conocimiento de Dios á los Apóstoles y á todos los Teólogos. Por eso el divino Esposo la dice en el sagrado libro de los Cantares<sup>5</sup>: «Ven, descende del Líbano, Esposa mía... y serás coronada; ven de la cima del monte Amaná...» es decir,<sup>6</sup> «de la principal médula de la verdad y de la sabiduría, y de la doctrina más sublime de la fe.»

Y aun los especiales devotos de esta celestial Doctora gozarán en el paraíso de una distinción particular, que los señalará con honra entre los demás cortesanos<sup>7</sup> felicísimos del empireo. Y en es-

1 In 4, dist. 33, q. 3.

2 Theol. Mar. Palaestr. XIV, Cert. 7.

3 Auctor Supplementi Gabrieli, in 4, dist. 9, art. 3, dub. 2.

4 T. II, in 3, p. disp. 10, sect. 1.

5 Cant. IV—8.

6 Delrio, In *Florida Mariana*, ad festum Assumptionis.

7 Pelbartio de Temesuer in *Stellarario B. Virginis. lib. 12, p. 1, art. 3.*

te sentido entienden algunos aquellas sagradas palabras del Eclesiástico: «*Los que me esclarecen, ó me dan á conocer á los demás, obtendrán la vida eterna.*» La misma consoladora enseñanza adopta Spinelli<sup>2</sup>, al citar las oportunas aplicaciones de Temesuer; pues así como en las cortes de los reyes sus más nobles servidores distingüense entre los demás por algún entorchado ó insignia especial, así parece que será en la corte eterna y felicísima del cielo; porque, como dice el sagrado libro de los Proverbios<sup>3</sup>, «*Todos sus domésticos traen dobles vestidos.*»

Con la luz vivísima de su admirable sabiduría extirpó la inmaculada Madre de Dios todos los errores contra la fe católica, y todas las herejías que de tiempo en tiempo han venido suscitándose en el mundo; y esto<sup>4</sup> de varias maneras. Primero, porque trajo en su seno purísimo al divino Sol de Justicia, que ha disipado las tinieblas de todos los errores; en segundo lugar, porque fué Maestra de los Apóstoles, con cuyos escritos pueden refutarse las falsedades y delirios de todos los herejes; tercero, porque en todo tiempo ha prestado eficacísima ayuda á los Santos Padres y Doctores que se consagraron á la defensa de la fe contra los

1 Eccli. XXIV—31.

2 *Maria Deipara Thronus Dei*, auctore R. P. Petr. Ant. Spinelli, S. J., cap. XXXIV, núm. 14.

3 Prov. XXXI—21.

4 *Theolog. Mar.* Palaestr. XV, Cert. V.

herejes, como hizo con Santo Domingo de Guzmán contra los Albigenses; y además, porque con sus méritos y su intercesión vence á los enemigos de la fe. Llama á primera vista la atención que en aquella visión famosísima, que contempló en Patmos el evangelista San Juan<sup>1</sup>, «*Una mujer vestida del Sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.*» la luna, cuyo brillo desde la tierra aparece mayor, estuviere á las virginales plantas de María, y coronasen su bellísima cabeza las estrellas, que brillan menos. Y este misterio lo aclara San Bernardo,<sup>2</sup> haciéndonos observar que la luna aparece á las purísimas plantas de María, porque por razón de sus fases y menguantes representa á Satanás, un día hermoso y felicísimo mientras permaneció fiel á Su divina Majestad. «*Esta es, dice, aquella venturosa Mujer un tiempo prometida por Dios, la cual había de quebrantar la cabeza de la antigua serpiente, que con muchos y diabólicos planes acechó constantemente á su calcañar; pero en vano, porque Ella quebrantó la herética pravedad. Uno dogmatizaba que no fué verdadera Madre de Cristo; otro decía que á Ella no le debía su sacratísima Humanidad, sino que ésta existía ya; otro blasfemó que después de su purísimo y maravilloso alumbramiento no permaneció virgen. Pero fueron destrozados estos pro-*

1 Apoc. XII, 1.

2 In Apoc., XII.

tervos insidiadores, pisoteados estos conculcados, y á la purísima María siguen llamándola Bienaventurada todas las generaciones.»

Ella, por el favor divino, con suavísimas y poderosas gracias sostiene nuestra fe, y nos excita á la práctica de la virtud; porque Madre amorosa y tiernísima, es para nosotros esta Virgen, hija de David, como cantaba Santiago Nisibense, más esplendorosa que la luz de la luna y la del Sol, y más brillante que la de las estrellas que penden del firmamento; porque aquellas varían y matan, la luz de María no matará jamás: es más serena que el aire, más excelsa que el cielo, más alta que el que-rubín, más gloriosa que el serafín, y más venerable que los Principados y las Potestades todas.»

1. Melior est lux tua quam Solis et lunae  
Et siderum, quae pendent in firmamento.  
Quia illa occidunt et mutantur,  
Lumen vero tuum nunquam occidit.  
Serenior es aere,  
Excelsior es coelo,  
Altior es cherubim,  
Gloriosior es Seraphim,  
Et Principibus et omnibus Potestatibus  
Venerabilior es, Virgo, Filia David.

---

### CAPITULO III

---

CULTOS QUE A LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ

HAN VENDIDO TRIBUTÁNDOSELE

HASTA LA ÉPOCA DE LA SOLEMNE CORONACIÓN  
DE SU MARAVILLOSA IMAGEN

#### I

La milagrosa Imagen de la "Madre Santísima de la Luz"  
en las Misiones de Sicilia.

Piadosamente ufano el celoso P. Juan Antonio Genovesi con la posesión de este riquísimo tesoro, la maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, inauguró desde luego la segunda época de sus apostólicas Misiones, mil veces más feliz que la primera, por las numerosas conversiones con que visiblemente recompensaba sus esfuerzos Dios Nuestro Señor, merced á esta venerable Imagen de María, cuyo culto y tiernísimo amor iba propagando por todos aquellos países con incansable empeño.

Y ofrecían sin duda un espectáculo altamente consolador el amoroso rendimiento y los tiernos y